



El Ejército redujo el martes 2 a los Comandos Civiles que ocupaban Radio Nacional. Previamente, aquéllos habían atentado contra Villegas.

LA GUERRA DE LOS 4 DIAS

20.000 civiles constituyen la cuarta fuerza armada del país

El reciente intento subversivo exhibió una nueva característica: la planificación de atentados personales, a cargo de comandos civiles revolucionarios, como parte de la táctica operativa. El general Osiris Villegas resultó herido y otro jefe militar se salvó milagrosamente. Con todo, la operación prevista era mucho más importante y la lista de oficiales y civiles a exterminar físicamente —en una acción intimidatoria que hubiera adquirido proporciones únicas— llegaba a incluir más de 100 nombres de militares y más de 200 nombres civiles (operativos "Chacarita" y "Bolsa", respectivamente). Lo curioso es que oficiales navales habían expresado, días antes, su temor de ser víctimas ellos de operaciones de secuestro planificadas por grupos de oficiales del Ejército: el capitán Sabarot, jefe de la base de Punta del Indio, llegó a expresar ese temor a jefes militares azules. Las aprensiones navales, sin embargo, fueron luego interpretadas —a la luz de los acontecimientos— como un esfuerzo por desvalorizar (adjudicando todos los temores a la categoría de rumores) las versiones que habían comenzado a llegar a miembros del Ejército.

Algún día se despejará completamente la incógnita. Pero lo innegablemente cierto es que en la Argentina operaron y existen grupos civiles armados como "frentes de choque" de tendencias ideológicas o partidarias. Semanas después de la caída de Perón habían comenzado a aparecer en las órdenes de la Policía Federal y de las policías provin-

ciales numerosos pedidos de secuestro de armas de guerra que efectivos de las Fuerzas Armadas habían abandonado o extraviado durante los acontecimientos. Es insólito, pero entre esos pedidos de secuestro se incluyeron los de varios cañones livianos o morteros que nunca fueron restituidos a quienes los reclamaron. Al margen de eventuales casos de cañones livianos desaparecidos, ¿cuántas armas de guerra pasaron a manos de civiles en los últimos años? Ningún servicio de informaciones parecía estar en condiciones de contestar concretamente a esta pregunta. Pero lo evidente, es que millares de ciudadanos poseen armas de guerra, cuya tenencia está severamente penada por la legislación vigente. La mayor parte del "parque fantasma" de armamentos está en poder de los siguientes sectores: a) "Ultras" antiperonistas (Comandos Civiles Revolucionarios); b) "Ultras" peronistas (grupos "uturuncos", trotskistas, etc.); c) Organizaciones nazifascistas tipo Tacuara y Guardia Restauradora Nacionalista; d) Células comunistas; e) militares peronistas y antiperonistas retirados; f) Organizaciones delictuosas (bandas y contrabandistas).

Los oficiales de las Fuerzas Armadas consultados por PRIMERA PLANA coinciden en que nunca, como a partir de 1954, hubo en el país una evasión tan enorme de armas de guerra desde los arsenales hasta las casas de familia. En 1954, el peronismo distribuyó armas a los sindicatos y, también en 1954, conspiradores militares distribuyeron material bélico a grupos civiles con

vistas a la revolución que debía estallar en diciembre de ese año (y que luego se efectivizó en junio y setiembre de 1955). La Marina de Guerra proveyó abundantes armas a ciudadanos cordobeses pertenecientes, en su mayor parte, al movimiento universitario.

Después de setiembre de 1955, nuevamente miles de armas pasaron a manos civiles. Se recuperó material bélico en poder de los sindicatos (aunque no totalmente), pero se reforzó a comandos civiles. La casi totalidad de los militares que pasaron a retiro obligatorio no devolvieron sus armas reglamentarias. Meses después, al estallar la tentativa peronista de junio de 1956, otra vez cantidades considerables de armas habían pasado a grupos civiles: la distribución se había efectuado tanto entre los sublevados como por parte de los organismos de represión. Poco después de las elecciones del 23 de febrero de 1958, comandos civiles revolucionarios adictos a mandos golpistas de la Marina de Guerra obtuvieron grandes cantidades de armas distribuidas por esa institución. Desde la victoria azul de setiembre de 1962 ese sistema volvió a funcionar, aunque ahora —según expresión de un jefe militar— en "forma grosera": el Servicio de Informaciones del Ejército comprobó, días antes del estallido del 2 de abril, la llegada al domicilio de un ciudadano, en Palermo Chico, de seis cajones conteniendo fusiles ametralladoras. La distribución habría estado a cargo del Servicio de Informaciones Navales.

Los "ultras" de Tacuara y la Guardia Restauradora también cuentan con poderoso armamento: pistolas de la Armada, ametralladoras del Ejército y fusiles de la Aeronáutica fueron hallados en poder de "tacuaristas". Tanto esos grupos como otros sectores armados se abastecen, además, por medio del contrabando. Y también bajo el pretexto de "caza mayor" se ocultan luego pequeños arsenales: en sectores de la alta clase media suele ser "natural" que un dueño de casa exhiba, junto a elegantes escopetas de caza, máuseres y hasta pintorescas ametralladoras tipo Marlinhaer.

¿Qué tipo de material integra el "parque fantasma" de armamentos? Predominantemente, pistolas calibre 45 y 765; fusiles Máuser, ametralladoras Halcón 11,25 y PAM; también arcaicas ametralladoras Piripipi y modernos fusiles ametralladoras FAL. Los dueños de esas armas tienen dos problemas, sin embargo: hay inconvenientes para conseguir municiones y no saben mantenerlas en condiciones. Un cálculo provisional efectuado por el Estado Mayor General del Ejército asegura que 20.000 personas poseen armas de guerra en el país.

Los técnicos aseguran que en el "mercado civil" el precio de los armamentos es el siguiente:

- Ametralladoras: "Halcón", entre 15 y 30.000 pesos; PAM, ídem; "Thompson", 25.000 pesos; "Piripipi", 20.000 a 30.000 pesos; fusil ametralladora FAL, 35.000 pesos.

- Armas cortas: Pistolas 45, de 7.000 a 15.000 pesos; pistolas 7,65, de 10.000 a 12.000 pesos; revólveres 38, 10.000; revólveres 32, de 8.000 a 13.000 pesos; pistolas 22, de 3.600 a 5.200 pesos. ♦



En Lisboa hace tres meses: Grady, Bidault, Soustelle, Argoud. El lente fotográfico destaca sabiamente al verdadero jefe revolucionario.

Francia

Hora final de la OAS: Argoud ante sus jueces, Gardes en Buenos Aires

En el momento exacto en que se iba a dictar sentencia de muerte contra tres de los autores del atentado de Petit-Clamart, que el año pasado estuvo a punto de acabar con la vida del presidente de Gaulle, cayó en poder de la justicia francesa el coronel Antoine Argoud, personaje apasionante que, arrebujado en las sombras de la clandestinidad, ha sido reconocido, sin embargo, como el verdadero jefe de la OAS (Organización Armada Secreta). Simultáneamente llegaba a Buenos Aires, deportado por el gobierno español, el coronel francés Jean Gardes, a quien acompañaban el joven "activista" Alain Serrien y su esposa.

Gardes es una figura de segundo orden. Director de los servicios psicológicos del ejército francés en Argelia, cayó bajo la fascinación de Argoud, teórico de la "guerra revolucionaria" que creía, hace apenas cinco años, en la posibilidad de captar la voluntad de los árabes de Argelia a trueque de audaces reformas sociales y económicas, como único medio de mantener en esa tierra la soberanía francesa.

Argoud, hombre peligrosamente lúcido, fue consecuente con esta idea, y su posición actual ha sido definida como un "comunismo nacional". Está dispuesto a sacrificarlo todo — la democracia, la religión, la cultura — con tal de asegurar la grandeza de su patria. Gardes, en cambio, profesa una especie de misticismo anticomunista, y confunde, no sin alguna puerilidad, a toda inquietud renovadora con cosmo-

gónicos planes de dominio que atribuye a Nikita Krushev.

Intrigas internacionales

Argoud dirá cosas sensacionales en su proceso inminente. Su primera declaración fue que no ha sido apresado en territorio francés sino en un hotel de Munich, y no por la policía sino por un comando ilegal. El gobierno alemán guarda un silencio embarazoso, pero la prensa denuncia con energía un "secuestro escandaloso". Eso no es todo. En Washington, la CIA (Agencia Central de Inteligencia) desmiente que estuviera en contacto con Argoud, y que lo hubiera invitado a Washington. "France Observateur", de París, pretende que algunos agentes de la CIA — a espaldas de su gobierno — estimulaban a Argoud, en la medida en que de Gaulle aparece como un obstáculo a los planes norteamericanos en Europa, y que otros funcionarios del mismo país, en cambio, actuaron contra el hombre que amenazaba la vida de de Gaulle, cuya desaparición podía provocar la anarquía en Francia.

En todo caso, es evidente que Argoud fue "entregado" por sus propios hombres.

Historia de la OAS...

La amenaza de un golpe de estado de la OAS prolongó la guerra de Argelia dos años más: 1960-1961.

De Gaulle avanzaba cautelosamente hacia la paz negociada porque sabía del hondo malestar que aquejaba al ejército, el cual no podía admitir que 400.000 combatientes bien equipados no pudieran acabar con 25.000 guerrilleros harapientos.

Los elementos que el 13 de mayo de 1958 se habían sublevado contra la IV República — y que exigieron el poder para de Gaulle — reconocían su error; de Gaulle no creía en la "Argelia francesa", sino que preconizaba la "autodeterminación". Los colonos, sus mentores extremistas y los coroneles especializados en guerra psicológica volvían a la lucha. Crearon un dispositivo clandestino que, en el momento de la "traición", debía tomar el poder, así en Argelia como en Francia. Para dar testimonio de sí, para intimidar al gobierno, la OAS cometió millares de actos terroristas por medio de placas de material plástico.

Los jefes de esa organización eran oficiales con brillantes fojas de servicio, que ocupaban o habían ocupado los cargos más elevados de la jerarquía militar. El jefe supremo era el general Raoul Salan. En abril de 1961, cuando cuatro generales de cinco estrellas se pronunciaron en Argel, Challe, Grady y Zeiler — espantados por los métodos de la OAS — prefirieron rendirse. Salan, en cambio, se refugió "en algún lugar de Argelia", donde constituyó un estado mayor con los cuatro generales que habían sido los verdaderos organizadores del "putsch": Argoud, Gardes, Godard y Lacheroy. Los jefes civiles eran Joseph Ortiz, Pierre Lagailarde — hombres de acción — y los teóricos de extrema derecha Lefebvre y Bohuier.

Era evidente que todo el cuadro de oficiales, a pesar de su renuencia a salir de la legalidad, compartía las razones de la OAS, aunque no necesariamente sus procedimientos. A medida que caían en poder del gobierno, eran degradados y encarcelados, pero sus compañeros en servicio activo se encargaban de mantener a sus familias y les hacían llegar, a través de las rejas, su aliento moral.

Es que el ejército francés atravesaba una angustiosa crisis de conciencia. La Constitución obligaba al gobierno a no consentir el menor atentado contra la integridad territorial de Francia. Según esa misma Constitución, Argelia no era una colonia o un protectorado, como lo fueron Túnez y Marruecos: era parte de la metrópoli. Los jefes del ejército pensaban que al tratar con los musulmanes para constituir un Estado argelino, era el gobierno el que se había puesto al margen de la legalidad. Por lo tanto, se consideraban relevados de su deber de obediencia.

Finalmente, de Gaulle se decidió a suscribir los acuerdos de Evian, que ponían fin a una guerra de siete años. Salan ordenó pasar a la acción, pero el ejército, después de titubear visiblemente, conservó la disciplina. Poco después, Salan se rendía, tal vez porque se consideraba más seguro en manos de de Gaulle que en las del cuarteto de coroneles. Ellos seguían la lucha, y sus planes eran de tal naturaleza que el propio Salan, no obstante los muchos actos de barbarie que había ordenado durante largos meses,